

Tratamos con contenedores para nuestra memoria que crecen y se multiplican alrededor de nuestra sociedad globalizada. Pero maduran sin una identidad clara del motivo de su existencia.

¡Que no quede todo en la teoría!

Cuando lo importante es el guía: Fisterra, pescando donde se pone el sol

Araceli Serantes Pazos
Universidad de A Coruña
boli@udc.es

La mirada. No recuerdo cómo son los ojos pero sí la mirada. Cuando llegas al Castillo de San Carlos está él esperándote, realmente te espera. Y cuando llegas, la cara se le ilumina y te recibe con una sonrisa de satisfacción: por fin has llegado.

Te sorprende su mirada abierta y franca, de esas que no intimidan, sino que invitan. Es fácil entrar en este centro de visitantes sobre el mundo del mar gallego, sentirte a gusto y querer saber algo, mucho, todo.

Y con sólo llegar, está él para orientar tu mirada, provocar tu curiosidad y facilitar tu inmersión en un mundo extraño para muchos: el del mar, la pesca, los viajes, las conserveras y el dolor... de los que trabajan de sol a sol, de los que se quedan sin los que se llevó el mar.

No es fácil competir con ese “continente”: el centro está en un castillo del siglo XVIII, coquetísimo, chiquitito, sobre un promontorio en Fisterra, en un extremo del pueblo. En el centro de visitantes se obvia este lugar tan singular, pero sólo te das cuenta cuando te vas y eres consciente de que no sabes nada de esa fortificación con tanto encanto.

La exposición es sencilla, correcta en cuanto a número de objetos que se muestran: no te sientes agobiada con cantidad de recursos y, sin embargo, son numerosos los puntos de interés. Se agradece un recurso interpretativo profesional y ¡sin botones!

Manolo, el guía, contagia entusiasmo, lo contagia. Pescador, ahora en tierra, la poesía le permite seguir navegando por otros mares; todavía huele a mar y eso hace que lo que cuenta sea absolutamente creíble, porque habla de su vida y de la vida de gente como él, gente del mar. Y así, con dulzura y sensibilidad, va guiando una exposición pequeña pero completísima.

Comenzamos en la barca, donde está la reproducción a tamaño real de una “redera” (mujer que hace y arregla

redes de pesca) y de un pescador. Creíbles, ambos trabajando, con instrumentos que van teniendo nombre y sentido con las palabras de nuestro guía.

En las ventanas, casi como olvidados, hay objetos capaces de revelar cientos de contenidos significativos: vértebras, barbas y omóplatos de ballena, aperos y artes de pesca, documentos de los inmigrantes... ese aparente descuido resulta oportuno, generador de interés y comentarios.

Las maquetas son buenísimas. Son capaces de ilustrar los distintos sistemas y artes de pesca de forma clara y sencilla. Sin pretensiones y con realismo permiten que entendamos la lógica de cada arte.

Los paneles tienen *tema*. Textos trabajados, poco extensos y con información interesante. Cabe destacar las ilustraciones, llamativas y pertinentes –de las casas de los marineros o las distintas artes de pesca– que permiten entender lugares o procesos que difícilmente podemos imaginar. También oportunas y relevantes las fotos antiguas que ilustran muchos de los paneles: la antigua villa, las primeras fábricas conserveras, las embarcaciones y los oficios tradicionales, los naufragios, fotos de época de la vida cotidiana... tan iguales y tan diferentes a otras realidades marineras.

No se olvidaron del “topicazo”: la Costa da Morte y los naufragios, imprescindible en un lugar así. Fechas, nombres de barcos, números de ahogados en los accidentes hablan de la fuerza indomable del mar en este lugar.

El espacio, que podría parecer escaso, está muy bien aprovechado. La disposición de los tabiques con los paneles, de las maquetas y utensilios, lo convierten en un lugar armonioso y fácilmente visitable.

Son habituales las preguntas, metáforas, comparaciones, acertijos... relacionar lo extraño con las experiencias y vivencias de nosotros, los y las visitantes. No hay informaciones huecas, ni a destiempo, todo parece guiado por el ritmo del sentido común, y cada palabra despierta una sonrisa, un comentario o un asentimiento que lleva a querer saber más. Nos suena ¿verdad? Una visita a este centro de visitantes es un repaso a los principios del Tilden por alguien que tal vez no sabe qué es la interpretación.

Claro, Freeman Tilden no ha hecho más que darle forma a los que muchos guías que, como Manolo, lo hacen por puro sentido común; Freeman ha rescatado de esa práctica intuitiva, unos principios generalizables, casi unas recetas “mágicas”, que ha ordenado y los presenta como conocimiento científico... casi, casi sincretismo: la fusión entre lo emocional-irracional con lo legítimo y disciplinar. La interpretación del patrimonio, en su práctica, nos ayuda a superar la disociación clásica del conocimiento, la división forzada entre los procesos analíticos y sintéticos: el sintético como el discurso del “saber popular”, con esa dosis de irracionalidad, capaz de dar respuestas a situaciones concretas, a contextos; frente a lo analítico, propio de la ciencia, de lo institucional, de lo racional. Hago este paréntesis para presentar la interpretación del patrimonio como un espacio donde esta dicotomía no existe, y este centro, con su guía, como un ejemplo de ello.